

SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA (B)
Homilía del P. Joan-Carles Elvira, monje de Montserrat
24 de junio de 2012
Is 49, 1-6 / Hch 13, 22-26 / Lc 1, 57-66.80

A pesar de que no seamos muy conscientes, es posible que todos vengamos a este mundo con una misión personal que debemos llevar a cabo a fin de que nuestras vidas tengan sentido. Dios, al darnos el ser, quiere que colaboremos con Él en su obra creadora, que no puede llegar a su plenitud sin nuestro concurso. Podríamos, pues, hacer nuestras hoy, de alguna manera, las palabras del profeta Isaías que hemos oído en la primera lectura: *Estaba yo en el vientre, y el Señor me llamó; en las entrañas maternas, y pronunció mi nombre...*

A través de las lecturas que acabamos de escuchar, la Biblia nos habla hoy de un hombre que tenía una misión excepcional. Porque hay misiones y misiones, y la de Juan Bautista es ciertamente única: ser precursor del Señor. "Precursor": he aquí el rasgo más distintivo de este hombre santo, más que profeta, elogiado por Jesús como el mayor de los nacidos de mujer. Según el diccionario, recibe el nombre de "precursor" aquella persona que va delante preparando la *venida* de alguien o el *advenimiento* de algo. Precursor, pues, es aquel que abre paso, que allana un camino. Juan es así el instrumento escogido para preparar la *venida* del Mesías y el *advenimiento* del Reino de Dios. De esta manera hace justicia al nombre que ha recibido: "Dios concede gracia". Juan es como una frontera entre los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo (S. Agustín). Sí, ha llegado el tiempo de la gracia: Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo, no para condenar al mundo sino para salvarlo. Con Jesús ha llegado el tiempo de la nueva Alianza, la Alianza definitiva del perdón y de la paz. Juan Bautista recibió la misión de ser el testigo fiel que no busca protagonismos sino conducir hacia Jesús para luego retirarse. Él sólo abre un camino, invita a la conversión, a un cambio de mentalidad que disponga los corazones a acoger la presencia de Dios en el mundo. El precursor busca simplemente ser mediación de una Presencia que le sobrepasa.

Juan llega al culmen de su misión cuando dirige la mirada de dos de sus discípulos hacia Jesús, a quien presenta como *el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo* (cf. Jn 1,29). Con todo, Juan habrá de estar dispuesto a dejarse evangelizar por el estilo desconcertante del mesianismo de Jesús. Siempre fiel, su fe en Jesús quedará intacta: *Yo no soy el Mesías, sino que he sido enviado delante de él. El que tiene la esposa es el esposo. (...) Desde ahora, él tiene que crecer, y yo tengo que menguar* (Jn 3, 28-30).

Hermanos y hermanas, el testimonio de Juan Bautista, celebrado solemnemente por la Iglesia, llega a los creyentes de todas las épocas, además de ser un referente especial para los monjes. Él es, para nuestro tiempo, un signo de esperanza: Dios es fiel a sus promesas y no nos abandonará. Es también, en los tiempos que vivimos, un modelo para la transmisión de la fe. El verdadero evangelizador obra como él. Dar a conocer a Jesús: he aquí la tarea evangelizadora más decisiva. **Porque es imposible conocer a Jesús y no amarlo, y aún menos, amarlo y no seguirlo...** Pero tenemos que saber retirarnos una vez cumplida nuestra misión: Él debe crecer y nosotros menguar... No hay otro camino para llevar a Cristo a nuestros contemporáneos.

Y termino. La fiesta de hoy nos brinda también una ocasión privilegiada para agradecer de todo el corazón el papel decisivo de aquellas personas que fueron nuestros *precursores en la fe* porque no centraron sobre sí mismas nuestra atención, sino que la orientaron decididamente hacia el Cristo. Que, tanto ellas como nosotros,

en el cielo y en la tierra, por el gozo del Espíritu Santo, vivamos con una inmensa alegría la gracia de haber sido encontrados por Jesucristo y de haberle entregado confiadamente nuestras vidas para siempre. Que así sea.